

Traición y novedad en El Periquillo de Lizardi

La discusión crítica que se origina a partir de *El Periquillo* de Lizardi no habría sido tan intensa y fructífera si algunos de sus autores no hubieran insistido tanto en los «problemas» de su estructura y en las que a la postre iban a ser lógicas fugas del corsé picaresco.

Hace años que Francisco Rico señalaba que en las grandes novelas del género el mínimo común denominador consiste en someter todos los ingredientes del relato a un punto de vista singular¹. Afirma, además, que este tipo de ficción autobiográfica tiene el objeto de convertir al pícaro en narrador, es decir, «novelizar el punto de vista».

De esta manera, el subjetivismo de un punto de vista único no será insustancial en la novela si esa misma perspectiva canaliza la materia, la estructura, la técnica y el estilo de la misma. El pícaro ha de escribir su propia vida, y ese deseo lo convierte en criatura literaria, en personaje narrador que, tipo social en la realidad, se convierte en eje narrativo de un modo de ficción que define en él su clave².

Periquillo, como algunos de su género, confiesa escribir su vida, y a semejanza de otros muestra una clara intención moral o ejemplificadora: escribe para sus hijos, para «enamorarlos de la virtud»³. Consciente de que sus experiencias le han aportado un amplio bagaje vital, relata a partir de aquí muchos de los sucesos significativos de su vida. Tenemos así que el pícaro se instale en el punto de vista adulto, de vuelta de las andadas, lo que le permite con total libertad y supuesta sabiduría seleccionar la materia a novelar, y desarrollar el relato y sus episodios según sus intenciones. Las palabras primerizas del narrador acerca de su estilo son tan breves como reveladoras: «El método y el estilo que observo en lo que escribo es el mío natural, y el que mejor se conforma con la clase de la obra que se trabaja⁴».

¹ En *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, 1982, 3.ª ed., cap I y *passim*.

² Convendría recordar también las siguientes palabras del mismo Francisco Rico: «El personaje del pícaro es un carácter (picaresco a ratos, a ratos tal vez no) y el esquema de una vida; esquema que no se desprende necesariamente de la realidad, sino que deriva de una afortunada elaboración novelesca. Así, el héroe de la picaresca es también (permitame exagerarlo) una forma y una fórmula narrativas», en *Op. Cit.*, pág. 110.

³ *El Periquillo Sarniento*, (tomos I y II), en *Obras*, tomo VII-NOVELAS, (ed. de Felipe Reyes Palacios), U.N.A.M., México, 1982, pág. 34.

⁴ *El Periquillo Sarniento*, ed. cit., pág. 36

El narrador tiene conciencia de las virtudes del estilo y, aún más, del género que va a encubrir la trayectoria vital del personaje. Elegir (e incluso justificar) desde el principio su especial punto de vista, apunta ya a que éste ha de ser el elemento que proporcione la coherencia necesaria a los restantes del conjunto de la novela. El estilo elegido, el suyo propio, no podrá ser sino el más idóneo para emprender su autobiografía con ánimos de una sutil y cercana persuasión.

Más adelante, sentará nuevas bases para incluir nuevos sermones y experiencias, «sin afectación ni pedantismo, sino según me ocurra a la memoria, de donde pasará luego al papel, cuyo método me parece el más análogo con nuestra natural veleidad⁵». Va tejiendo con cierta picardía las razones que harán de su subjetividad el eje de la disposición técnica de la novela. Esa natural veleidad de que nos habla no podía tener en efecto molde más auténtico que su propio yo, no poco sujeto a inconstante vaivenes del destino.

Esos breves rasgos que apunta Perico, permiten presagiar y justificar cuanto acontecer suceda en la novela, incluidas esas largas digresiones que un pensador del siglo no podía evitar. Lizardi habrá cumplido su objetivo si el punto de vista de *El Periquillo* logra justificar y disponer la materia, la estructura, la técnica, el estilo y, si a su vez, todos esos elementos son también capaces de explicarnos el carácter y la personalidad de Periquillo.

El personaje ya nos tiene advertidos de que su propio yo va ser la piedra de toque de la realidad narrativa y que su propio impulso novelesco deriva de su subjetivismo y su memoria. Con estos rasgos dispuestos, la materia narrativa puede sospecharse como un terreno ilimitado, inagotable, donde es posible novelar cualquier suceso. Sin embargo, la magia del narrador consiste, sobre todo, en saber seleccionar aquello que aporte eficacia narrativa y sirva idealmente a sus propósitos. Al enmarcar el relato en la forma autobiográfica. *El Periquillo Sarniento* también debía ofrecer una selección sin gratuidad de sus episodios. En algunos casos, la materia narrada es significativa para entender al personaje (el relato de sus padres al comienzo de la novela contiene casi todos los ingredientes «genéticos» de su carácter posterior) aún cuando no sea el protagonista directo. En este punto, será oportuno recordar la distinción que Catherine Beroud ha visto en nuestro personaje, según se comporte hacia los demás como actor o como testigo de los episodios⁶. Esta distinción muestra también hasta qué punto Lizardi iba a saber aprovecharse de la «dualidad estructural de la novela picaresca que intercala reflexiones moralizantes en el relato⁷». Esta distinción es importante para insistir en la

⁵ *idem.*, pág. 44.

⁶ En «La picaresca como única posibilidad literaria o *El Periquillo Sarniento*», en *La picaresca (origenes, textos y estructura)*. Actas del I Congreso Internacional sobre la picaresca. Madrid. Patronato «Arcipreste de Hita», 1979, pp. 1041-1045.

⁷ Beroud en art. cit., pág. 1044.

existencia de un punto de vista único y rector en la novela, pues aunque Periquillo difumina en ocasiones su papel protagonista (actor), no debe olvidarse que fue él quien eligió describirnos aquellos episodios significativos para sus intenciones narrativas y sociales. Los restantes personajes de la novela están en ella porque Periquillo adulto los convoca en su recuerdo, y todos no harán más que acentuar, por virtud o por contraste, los rasgos, vicios y virtudes de nuestro protagonista; unos son significativos para entenderlo como pícaro, y otros casi imprescindibles para conocer el límite de su propia picaresca, y creernos su conversión final. Esas serias reflexiones que hace Periquillo en los comienzos de su vida al encontrarse, por ejemplo, ante su tercer maestro («Es increíble lo que domina el corazón un carácter dulce y afable, y más en su superior. El de mi maestro me dolcificó tanto con su primera lección, que siempre lo quise y veneré entrañablemente, y por lo mismo le obedecía con gusto»⁸) nos permiten creer en su conversión final, pues al fin y al cabo también sientan precedentes, o actúan como sustrato de una conducta responsable que aparecerá tras las múltiples correrías de Periquillo. De hecho, sólo una vez abandonado por todos, muertos hasta sus padres, y en compañía de Juan el Largo —cosa que no ocurre hasta el capítulo XVI— Periquillo se decide a ser un pícaro. Hasta entonces, de vez en cuando, nos regalaba un gesto sentimental, o una reflexión amable en la cual ya entreveíamos a un ser humano por encima de los arquetipos. Las circunstancias, robos, fugas, barberos, escribanos, amores varios, viajes y hasta naufragios de nuestro protagonista se constituyen en una materia narrativa seleccionada para fijar la figura del pícaro y las circunstancias de su evolución durante su recorrido existencial en la novela y, por supuesto, para dar lugar a las constantes digresiones y sermones del narrador. Cuando finalmente Lizardi recoge los manuscritos de *El Periquillo*, aparece llamado también por la necesidad del pícaro convertido que ya había previsto tener destinatarios. Al punto de vista le hacia falta este último personaje para volver a concretarse.

Si nos referimos a la estructura de *El Periquillo*, no podemos eludir la discusión que se mantiene sobre su soporte picaresco y aquellos rasgos que continúan o no el género. La disposición estructural de la novela se corresponde a la forma autobiográfica, al molde específico de la picaresca, según el cual Periquillo selecciona y recuerda. Esa estructura debe ser eficaz no sólo en la revelación de su carácter, sino también de su visión del mundo. La estructura episódica de la picaresca proporciona al punto de vista que la rige una total libertad para manifestarse constantemente, incansablemente, a lo largo de la obra. La primera persona narrativa y esa continua ráfaga de experiencias que se acumulan en la estructura, se prestan bien al propósito del creador de *El Periquillo*. A menudo se olvida que su propósito fue, precisamente, y ante todo, educar al pueblo, refor-

⁸ *El Periquillo Sarniento*, ed. cit., pág. 71.

mar la ideología de una sociedad que ya pedía un cambio a gritos, o incluso explicar con método rousseano la inocencia general del hombre.

El personaje del pícaro, este aventurero de la novela, es capaz de hurgar en medio de estamentos sociales diferentes, de alimentarnos por episodios no sólo la curiosidad, sino también el contenido de su tiempo; es decir, Periquillo fue Lizardi el personaje idóneo que expresaría su propio iluminismo y lucidez.

La tercera persona narrativa es siempre estable, pertenece y habla desde un universo sólido y definido; la primera, en cambio, se presta a problematizar la realidad, representa la relación del hombre con sus circunstancias. Si Lizardi eligió la forma autobiográfica fue porque en ella y a través de ella su escritura podía representar, contemplar, aprender, aprehender e incluso juzgar y criticar su sociedad. Yañez afirma que «Lizardi crea, juzga y pesa convirtiendo las tres operaciones en univoca lección⁹». Esto sólo podría realizarse, ciertamente, a través de un punto de vista que establezca la coherencia y armonía de esas acciones.

Todo induce a sospechar que Lizardi conocía bien las virtudes del género y su personaje, hasta el punto de que no sólo supo atenerse a él sino incluso desbordarlo. La mayoría de la crítica de Lizardi ha visto cómo nuestro autor «traiciona» el género de diversas maneras. Para Noël Salomon el pícaro de Lizardi expresa un optimismo rousseano que lo diferencia del pesimismo del español¹⁰. Luis Leal sabe que la estructura de *El Periquillo* no es más que un soporte para hablar y cuestionar su siglo¹¹. Alfonso Reyes recurre una mediocre imitación de los moldes españoles¹², y el mismo Franz García de Paredes concluye que su profunda raíz picaresca está más en su afán moralizante, pues a su juicio (y según las acertadas observaciones que introduce en su artículo) lo que caracteriza al género es esa tendencia moralizadora¹³. César David Rincón encuentra razones, sin embargo, para creer que *El Periquillo* fracasa doblemente: como obra artística y como sermón social, añadiendo también que es inconsecuente con sus personajes y que el mismo pícaro tiene un carácter tan débil que nunca llega a perfilarse como tal¹⁴.

Realmente, el aprovechamiento que Lizardi hace del género no es

⁹ Agustín Yañez en «El pensador y la crítica», estudio preliminar de *El Pensador mexicano*, ed. de la U.N.A.M., México, 1979, 3.ª ed., pág. IX.

¹⁰ En «La crítica del sistema colonial de Nueva España en *El Periquillo Sarniento*», *Cuadernos Americanos*, México, 1965, pp. 1033-1040.

¹¹ En «Pícaros y léperos en la narrativa mexicana», *La picaresca (orígenes, textos, estructura)*, ed. cit., págs. 1033-1040.

¹² En «*El Periquillo Sarniento y la crítica mexicana*», *Obras Completas*, vol. IV, México, F.C.E., 1956.

¹³ En «*El Periquillo Sarniento y lo picaresco*», Panamá, Revista de la Lotería, Septiembre, 1972, núm. 102, pág. 41-47.

¹⁴ En «La primera novela escrita en Hispanoamericana», *R.N.C.*, XXX, núm. 193, Carácas, mayo-junio 1970, p. 58-63.

nunca —afortunadamente— declaración de servilismos ni fidelidad sin causas. Un acto de lucidez e inteligencia permitía a Lizardi traicionar el género en virtud de la creación de un personaje circunstanciado por su propio siglo y su particular mexicanismo¹⁵. Entre el rigor de las estructuras y la experiencia vital que se nos narra, Lizardi elige flexibilizar el género al paso de la visión de *Periquillo*, convertirlo en ocasiones en prófugo de sus mismas actitudes, someterlo a la encrucijada de su tiempo, a la incertidumbre de las obras por entregas, e incluso al «valor relativo y cambiante del gusto de los lectores¹⁶». La escritura de su siglo no estaba ausente del compromiso de la comunicación, la claridad era un ejercicio constante y cotidiano, y el público al que Lizardi «cobraba» sus episodios exigía satisfacer sus apetitos en los géneros preferidos de la época¹⁷. Lizardi aún así la claridad propicia de la literatura picaresca (donde es fácil el sermón, el moralismo, y la expresión de una sociedad concreta sin cuyo decorado dudaríamos incluso de la existencia de tales personajes) con su propia claridad de pensamiento, y en tales circunstancias el resultado no iba a ser otro que una obra donde, en palabras de Yáñez, «el molde no ahoga las íntimas esencias¹⁸».

Más que traicionar el género, más que fracasar en opinión de algunos, lo que Lizardi ha hecho es generar nuevas dimensiones del arquetipo, liberarlo de los siglos y convertirlo en ese cúmulo de posibilidades que estaba predestinado a ser. Los géneros no están concluidos ni cerrados más que por nuestras colectivas decisiones de acotarles sus formas e identificarlos con ciertos contenidos. García de Paredes encontraba en *El Periquillo* tres diferencias sustanciales con respecto a las supuestamente definitivas formas de la picaresca: el origen humilde del protagonista no aparece en la novela de Lizardi, su carácter es cobarde y blando en relación a los pícaros tradicionales y, además, el protagonista muere en el transcurso final de la novela, lo cual supone una «fábula cerrada» en contraposición al marcado carácter «abierto» de las españolas¹⁹. Tales diferencias no constituyen para nosotros más que una interpretación personal del género, una indisciplinada adscripción a la tradicional picaresca, porque indisciplinada era también su concepción del mundo, al menos en el ámbito de su siglo y su viciada sociedad. *Periquillo* no tuvo su

¹⁵ Vid. art. cit. de Yáñez, donde se expresa de varios modos el profundo mexicanismo de la obra.

¹⁶ Jean Franco en «La heterogeneidad peligrosa: escritura y control social en visperas de la Independencia mexicana», *Rev. Hispanérica*, año XII, abril-agosto de 1983, núm. 34-35, pp. 3-34. En este artículo Jean Franco recoge y explica las condiciones sociales de la escritura en tiempos de Lizardi, y cómo influyen con decisión y profundidad en la obra de nuestro autor. Para Jean Franco el escritor de periódico, (como Lizardi), ya no era más que «un ciudadano que ofrece su opinión y la somete al juicio de sus semejantes».

¹⁷ Jean Franco recuerda que los géneros preferidos de la época eran no en vano, el sermón, el proyecto, el diálogo (y la polémica), la biografía ejemplar y la sátira, op. cit., pág. 5.

¹⁸ en est. cit., pág. XVI.

¹⁹ art. cit. pág. 42-43.

origen humilde porque ello acotaría las andanzas del personaje y porque, en cualquier caso, la actitud picaresca puede nacer de las «mejores» circunstancias: rastrear bajo las apariencias para encontrar la claridad era un designio que Lizardi había asumido por deseo propio a través de sus constantes páginas. Nada más consecuente a su pensamiento que estrenar sus disquisiciones en el seno de una familia acomodada.

En cuanto al carácter de Periquillo, parece ser recriminable que sus «dulces» maneras picarescas no alcancen a tomar el mundo entre las manos para establecerse, a sí mismo, su destino. Sin embargo, cabe reflexionar sobre alguna de las notas que Américo Castro señalaba como puntos esenciales en la estructura picaresca. A su juicio, lo definitivo, lo importante, no son tanto las acciones del personaje como su propia *actitud* picaresca²⁰. En este sentido, no es que Periquillo no tome el mundo entre sus manos, sino que nuestro personaje lo toma siempre a su manera, en las formas en que su tiempo y su particular espacio mexicano le permitían hacerlo, y desde las pautas de conducta que los demás habitantes de la obra iban a ir señalándose en su evolución. Si Periquillo hubiese sido un auténtico pícaro a la española, es posible que a estas alturas viéramos en él una fórmula caduca, un personaje estrellado en su propio estereotipo, una vulgar imitación que, amén de renunciar a su propia e indisoluble personalidad, no encajaría tampoco en el marco de su sociedad. Un pícaro a la española necesitaría también de las mismas condiciones vitales que lo hicieron posible en España. Los valores de *El Periquillo* habrá que juzgarlos, entonces, referidos a su propio mundo y su particular manera de entender y moldear su universo personal. Lizardi, como autor de su personaje, tenía el derecho de marcarlo con un carácter apropiado y expresivo para sus propósitos. Eligió un carácter «blando» (que nosotros preferimos entender como flexible o adaptable) porque descubre en él los inicios de una conducta picaresca y porque, más que responder al prototipo, Lizardi colocaba en primer término el ejemplo moral de su sociedad. Su naturaleza inocente era propicia no sólo para explicar en sí mismo las huellas de la corrupción moral, sino para hacerse eco del sistema social que provocaba la aparición de hombres de conducta equivocada²¹. Al mismo tiempo, esa inocencia hará posible la reforma final de los vicios de Periquillo, y hasta su conversión.

Por lo que a la muerte del protagonista se refiere, constituye en efecto, un caso de «fábula cerrada» en contraposición a las «abiertas» españolas. Esa muerte de Periquillo no representa para nosotros una diferencia in-

²⁰ Américo Castro decía exactamente «gustar de la vida con mal sabor de boca», recogido en Luis Leal: «Picaresca hispanoamericana: de Oquendo a Lizardi», art. publicado en *Estudios de Literatura Hispanoamericana en honor de J. L. Arrom*, ed. Andrew P. Debicki y Enrique Pupo-Walker, Chape Hill, North Caroline Studies in the Romance Languages and Literatura, University of North Caroline Department of Romances Languages, 1974, p. 58.

²¹ Noël Salomon dirá que la gran novedad del mexicano consiste en «haber definido las circunstancias y las causas históricas de la conducta picaresca», en art. cit., pág. 170.

salvable con respecto al género, sino, simplemente, el uso de la estructura episódica hasta donde ésta podía llegar, es decir, hasta el límite de la vida que se cuenta (no se olvide, nuevamente, el carácter profesional de la escritura de Lizardi, preso en ocasiones de la posibilidad de venta de sus páginas). Lizardi no hizo más que sacar partido mientras Periquillo pudo aparecer en vida (siendo un hombre como todos, no estaba exento de la muerte) y ser consecuente luego con la veracidad de sus textos al introducir, incluso, un nuevo narrador (el editor de *El Periquillo*) que hiciera posible el conocimiento de las sanas intenciones de la obra. La muerte de don Pedro era casi un acto inevitable si Lizardi pretendía darle coherencia al personaje, al punto de vista que ese ser imaginario había hecho imperar desde el principio. Periquillo (como Guzmán) se arrepiente de sus pecados, de los excesos del vicio, y entrevé el camino de su corrección. Su misma enfermedad es un tributo a esa ley general que ha estado representando, recordando y aprovechando con fines reformistas, y que asume con total resignación en los momentos finales de su vida: «Ya es tiempo de desprenderme del mundo y de pensar solamente en que he ofendido a Dios y que deseo ofrecerle los dolores y ansias que padezco en sacrificio de mis iniquidades²²». Pagar por los errores, sufrir las consecuencias de la ausencia de virtud, eran sentencias que Periquillo recuerda desde el comienzo, y buenas razones para aleccionar con sus conocimientos a los demás. La corrección de los defectos necesitaba en la novela de Lizardi no sólo de las experiencias del Periquillo joven, sino también las nuevas venas de don Pedro, más sabias y educadas con el paso de los años. Es decir, no bastaba a Lizardi con ejemplificar la corrupción, sino también los modos para librarse de ella; no sólo los años y las formas en que se origina la actitud picaresca, sino aquellas circunstancias y experiencias que a la postre derivaron en su reforma y conversión. Con recorrer entera la vida del personaje Lizardi no ha hecho más que convertir en realidad literaria la virtualidad de una estructura episódica que no había concluido hasta entonces con la muerte. Si los pícaros españoles continuaban vivos fue porque sus autores así lo eligieron, asegurando la curiosidad de los lectores. Lizardi no tenía tanto interés en alimentarles esa espera como en concluir una visión del mundo solidificada por la edad del personaje (e incluso por el editor que, en los últimos capítulos, acoge con interés y efusividad la publicación de los textos, convencido de su utilidad).

El género picaresco no fracasa en Lizardi, sino que se amplía y se derrama en una nueva variante, en una nueva interpretación y un nuevo uso de ese vehículo de la impresión del mundo que al fin y al cabo son las estructuras. En *El Periquillo* los moldes de la picaresca se difuminan para crear un documento donde la misma realidad ahoga el arte, donde el testimonio y el objetivo social están siempre por encima del objetivo

²² *El Periquillo Sarniento*, (T. III-V), ed. cit., tomo IX, pág. 400.

literario²³, pero en ningún momento dudamos de la voluntad con que el autor se sustenta en el género y el estilo que creyó idóneos para ilustrar su tiempo. La sociedad marca las acciones de Periquillo, su propio punto de vista se va imponiendo en su interpretación del mundo y, finalmente, sus palabras regresan convertidas, transmutadas en ideales de salud moral, a la comunidad que les dio origen. La sociedad trastorna a Periquillo, pero su herencia escrita trastornará también en adelante las engañosas apariencias de su siglo.

A propósito de la novela Yáñez ha hecho observaciones que bien merecen reseñarse: «Cuando no se realiza el equilibrio entre el hombre y su circunstancia, la cultura se frustra; y cuando no se acierta a expresar inescindiblemente ese equilibrio, las literaturas quedan sin carácter, son superficiales²⁴». Si *El Periquillo* ha pasado la prueba de los siglos es gracias, precisamente, a la lúcida elección de Lizardi, que prefirió responder a su propio personaje y a su especial universo aun a costa de sentenciar con ello su contrevendido interés literario.

El Periquillo es una variante del género clásico que asumió sus propios riesgos, adoptó los moldes a su manera y volvió a resucitar las estructuras según el dictado y las necesidades de su tiempo. Tales actos no suponen nunca una «traición» sino antes bien, la muestra palpable de que los géneros están por encima de los siglos, sobreviviendo y ampliándose en cada una de sus realizaciones más concretas y, sobre todo, a la altura y la disposición del hombre.

Alicia Llarena
Colegio Universitario de Las Palmas
Universidad de La Laguna
(España)

²³ Tanto Azuela (en el espacio que dedica a Lizardi dentro de su obra *Cien años de novela mexicana*, México, F.C.E., 1976), como Alfonso Reyes (en art. cit.) concluyen que el valor de la novela reside más en sus logros testimoniales que en sus propios méritos literarios. Para el primero lo importante será el realismo que Lizardi imprime a Periquillo y a través del cual conocemos la sociedad mexicana del momento; para Reyes, el haber rescatado el «idioma de la canalla» con autenticidad es un valor más loable que el conjunto de la novela en sí.

²⁴ Yáñez, en art. cit., pp VII y VIII.